

LA NUEVA CARTA DEL ATLANTICO

LA Carta del Atlántico fue un documento en el que se reunió el idealismo de Roosevelt y la retórica literaria de Churchill para dar al mundo algunas razones por las que luchar frente al nazismo. Se emitió en agosto de 1941, precisamente en medio del Atlántico, y contenía párrafos de gran valor estilístico. «That all the men in all the lands may live out their lives in freedom from fear and want», decía su punto sexto, como promesa para cuando el nazismo fuese destruido. Un bello párrafo de palabras monosilábicas, excepto una, con hermosura propia: **freedom**, libertad. No es preciso explicar que el contenido de la frase se ha quedado sin cumplir, y que la idea de que todos los hombres de todas las tierras puedan vivir sus vidas libres del miedo y la necesidad ha carecido de sentido en la vida diaria. Lo mismo ocurrió con los otros siete puntos: la falta de voluntad de crecimiento de los territorios nacionales; la imposibilidad de realizar cambios territoriales sin los deseos libremente expresados de los pueblos concernidos; el respeto a los derechos de todos para elegir la forma de gobierno bajo el cual han de vivir; el derecho de todos los Estados a tener acceso igual al comercio y a las materias primas necesarias para su prosperidad económica, la necesidad de la colaboración más completa en el aspecto económico entre todas las naciones; la libertad de navegación; el abandono del uso de la fuerza por parte de todas las naciones, y, mientras se establezca un sistema general de seguridad, el desarme de aquellos que amenacen la paz...

LA Historia pasó fugazmente sobre aquella exposición de ideales por los cuales murieron algunos cientos de miles de personas, algunos millones de personas. Roosevelt murió, Churchill fue despedido por los electores, apareció la bomba atómica y el reinado de la fuerza. La Carta del Atlántico sirvió para la creación de las Naciones Unidas, pero las Naciones Unidas fueron un campo de batalla. Se culpó a la Unión Soviética, y la Carta del Atlántico se convirtió en la Alianza Atlántica. La declaración pasó a formar parte de la semántica de la guerra fría. La famosa declaración fue contravenida por sus propios firmantes, precisamente en nombre de ella. Fue una gran estafa.

NIXON habla ahora de reformar la Carta Atlántica. Esto es, la Alianza Atlántica, la organización del Atlántico Norte, la OTAN. Lo ha expresado Kissinger, con algunos breves detalles. La Alianza ha envejecido sin haber cumplido jamás sus propósitos. Ya la URSS, ni siquiera China, son terrenos de combate, pretexto para aplazar los ideales, amenazas de agresión. Ni terreno de misión: nadie aspira a implantar las doctrinas de la democracia occidental en los países antes llamados satélites, con los que ahora se negocia en Helsinki. Heath ha escandalizado a los más conservadores que él —y a los laboristas, por el hecho de representar el papel de oposición— al citar el próximo aniversario de la invasión de Checoslovaquia —el quinto— como una cosa que conviene olvidar. «Lo mejor es que nos olvidemos de todo ello». La expresión **mundo libre**, que era ya una farsa en sí misma, ha desaparecido.

POR los detalles comunicados por Nixon, la reforma de la Alianza Atlántica consistiría esencialmente en la inclusión del Japón. El Japón no tiene nada que ver con el Atlántico, pero esto no tiene gran importancia: repitamos que atlántico, en este caso, es un concepto, es el espectro de 1941, que tampoco representa nada. Tampoco Grecia, Turquía o Italia son naciones atlánticas, y están incluidas en el concepto y en la Alianza; y otros países atlánticos —España, ya que estamos en ella— no lo están. La inclusión del Japón revela ya cuál es el sentido de la reforma: económica. Los Estados Unidos piensan que el Japón debe estar integrado en algo, orgánicamente comprometido a algo. Al mismo tiempo, es un contrapeso para Europa. Puede ocurrir que los Estados Unidos estén temiendo seriamente ver a Europa convertirse en una unidad económica independiente. Y política. No es para ahora mismo, pero puede venir. Un simple balancín Europa-Estados Unidos no les gustaría nada. «La autonomía de Europa no debe ser un fin en sí misma», dice Nixon. ¿Por qué? Porque se rompería la idea del atlantismo, la idea de la alianza de los dos continentes —de los dos medios continentes, o tercios de continente, que presumen de ser continentes enteros: Estados Unidos se llaman a sí mismos América; los países europeos de la Alianza, y hasta sólo los del Mercado Común, se llaman a sí mismos Europa, olvidando o despreciando todos los demás—. Japón daría un

equilibrio distinto con su poderosa industria y su astuto sentido comercial al todo llamado atlántico.

EN Europa-atlántica las tropas de los Estados Unidos permanecerían. Nixon comprende los temores de los europeos a que se vayan sus soldados. Es otra paradoja de nuestro tiempo. Los países que se dicen independentistas, los países que quieren formar su propia asociación, no quieren que se vayan los soldados del otro país. Alemania Federal, ocupada por las fuerzas de Estados Unidos —aún no hay tratado de paz—, no quiere que se vaya el ocupante. Nixon les tranquiliza: no se irán, pero habrá que pagarles. Los europeos tienen que pagar «una parte equitativa de la defensa común». La unidad europea estará «sostenida» por los Estados Unidos, que harán «concesiones» para su desarrollo, a cambio de un «espíritu de reciprocidad». La reducción de las tensiones con el Este, «con nuestros adversarios» —según las palabras concretas de Kissinger—, se continuarán mediante «negociaciones concretas en el interés común». «Acogeremos con placer la participación de nuestros amigos en un diálogo constructivo entre el Este y el Oeste». Los Estados Unidos se comprometen a «no causar nunca daño a nuestros amigos en Europa o en Asia», y aparecen dispuestos a negociar acerca de los «nuevos problemas». Se refiere, concretamente, a la cuestión de la crisis de la energía (el petróleo, los combustibles).

LOS puntos del programa no parecen elaborados con la idea de disimular demasiado una situación concreta de hegemonía o de dirección de los Estados Unidos. El cuarto de siglo de dirección de la OTAN les dan un cierto derecho. Y las nuevas realidades —la construcción de Europa, los arreglos de Europa atlántica con Europa comunista— no parecen tener tanta importancia como para que renuncien a ese papel. En realidad, las reformas de la Alianza Atlántica, enumeradas someramente por Kissinger, son las reformas que convienen estrictamente a los Estados Unidos, los cuales lo único que ofrecen a sus aliados de este



Nixon habla ahora de reformar la Carta Atlántica. Esto es, la Alianza Atlántica, la organización del Atlántico Norte, la OTAN.



Las reformas de la Alianza Atlántica, enumeradas someramente por Kissinger, son las reformas que convienen estrictamente a los Estados Unidos.

continente son «concesiones» para su desarrollo, la promesa de no causarle daño en Europa o en Asia y el vistazo placentero a su participación en el gran arreglo general de las cuestiones con el Este —al que siguen llamando «el adversario», como en los más gélidos tiempos—, pero reservándose muy claramente el papel de interlocutor principal. Es lógico. La Unión Soviética tiene mucho más que negociar con Estados Unidos que con Europa, y lo mismo China: desde los grandes temas nucleares, de los que tienen un monopolio real —la bomba atómica francesa, por muchas y muy justas protestas que suscite su ensayo en el Pacífico, es inexistente en comparación con las de las otras potencias, incluso como «disuasoria»—, hasta las relaciones industriales y comerciales. El Japón, que por esta cuña puede entrar en la Alianza Atlántica, es mucho más interesante para las naciones «adversarias» que la precaria Europa que existe hasta ahora.

EUROPA-atlántica ha acogido mal la propuesta de Kissinger, sobre todo París, y de una manera general el grupo del Mercado Común de Bruselas, que se ve así desafiado de una manera concreta. A pesar de la mala acogida, tendrá que plegarse a lo que se le pide o a lo que se le exige. No ha conseguido aún la suficiente independencia.

¿V A conseguirla alguna vez? Es difícil preverlo para un futuro próximo. Europa está demasiado dominada por los intereses y los capitales de los Estados Unidos, y los poderes son mucho más conservadores de lo que aparentan como para romper las estructuras actuales. En la conferencia de seguridad de Helsinki, en las reuniones internacionales como la de desarme, los países europeos se están limitando a seguir más o menos las orientaciones y las instrucciones de Washington. No tienen política propia. No hay en todo el continente un político capaz de enfrentarse, como lo hizo De Gaulle, al «desafío americano» —y aún lo hizo muy moderadamente—, y de una manera general al imperio americano. En crisis interna, en decadencia, en vía quizá de disolución, el imperio americano tiene la suficiente fuerza como para imponer toda vía sus conveniencias a Europa: sobre todo, si Europa está dirigida sobre todo por un triángulo —Francia-Gran Bretaña-Italia— de muy fuertes intereses conservadores. Otra cosa será, quizá, cuando la nueva izquierda, que está apuntando, se llegue a hacer cargo de los poderes principales, dentro de cinco, diez o quince años.

EL calendario de la reforma atlántica tiene ya algunas fechas previstas: unas reuniones de la OTAN, entrevistas privadas —de grupo— en Helsinki, al margen de la conferencia de seguridad, y, finalmente, cuando todo esté a punto, viaje de Nixon a Europa, antes de que el año termine, para una firma solemne y unos discursos retóricos.

LA CRISIS DE LA ENERGIA

DINERO, POLITICA Y GUERRA

En el invierno de 1972 a 1973, el ciudadano de los Estados Unidos pasó frío y tuvo dificultades para encontrar gasolina para su automóvil. Surgió la expresión "energy crisis", y no se ha vuelto a ir. Más que una crisis, parece una situación permanente. Una cierta época se ha terminado... En relación con esta dificultad de los Estados Unidos para aprovisionarse con los combustibles que necesita para su gigantesco consumo de despilfarro, está todo el noticiario actual del Oriente árabe: la posibilidad de apertura de un nuevo canal paralelo al de Suez, las amenazas de Arabia Saudita de no aumentar su producción y de disminuir sus exportaciones si los Estados Unidos no cesan en su ayuda a Israel, la reunión en Viena de los países productores de petróleo para subir los precios, están en relación con la crisis de energía en los Estados Unidos. En términos sencillos: la energía de los Estados Unidos depende de su capacidad colonizadora, en el subcontinente hispanoamericano, de donde recibe una gran cantidad de petróleo, y en el Oriente árabe. El subcontinente se sigue portando bien, pese a las nacionalizaciones chilenas y peruanas; por ejemplo, Venezuela aparece siempre como moderadora en la reunión de países exportadores y hace todo lo posible para evitar el aumento de precios.

El juego de los países árabes es más complejo. Es inútil mantener una idea distinta a ésta: ni Jordania, ni Arabia Saudita, ni los países del golfo, son en absoluto hostiles a los Estados Unidos. Libia, con su espectacular dirigente revolucionario Ghadafi y sus repetidas frases de ánimo y elogio a los revolucionarios y grupos guerrilleros mundiales, ha ejercido y sigue ejerciendo una política muy favorable a los Estados Unidos. Países como Arabia Saudita, Jordania y el propio Egipto tienen mucho más temor a una revolución propia y a las acciones de los desesperados palestinos, que al propio Israel. Cuando Arabia Saudita amenaza a los Estados Unidos, está en realidad aplacando a los palestinos, y quizá tratando simplemente de encarecer su producto. Los

guerrilleros palestinos volaron unos pozos de petróleo en el Líbano al día siguiente del ataque israelí a Beirut: era una advertencia a otros países árabes. Es cierto que Arabia podría vender su petróleo a otros países: lo pretende Japón, lo desea Europa. Pero tiene miedo a los Estados Unidos. Los Estados Unidos le dan protección contra sus propios revolucionarios y contra los países con tendencia socialista del Oriente árabe. Y, qué duda cabe, contra Israel. Podrían retirársela, podrían incluso influir de alguna manera para que fueran atacados por alguien... Los países petroleros tienen dos miedos: de las guerrillas, de los revolucionarios y de los Estados Unidos e Israel. Sus gobernantes, sus jefes, sus magnates, no tienen más interés real que el de poder seguir vendiendo sus barriles de petróleo. Entre estos dos miedos producen este noticiario alarmista, estos discursos tremendos. Como los de Sadat, que también guardan el equilibrio entre dos miedos: el de sus revolucionarios o sus extremistas y el de Israel. El miedo a lanzarse a la guerra y el miedo a no lanzarse a ella.

El petróleo ha aumentado de importancia. La guerra de Israel, el cierre del canal de Suez, han aumentado su valor; las nacionalizaciones americanas, también. Pero, sobre todo, el crecimiento de consumo en el mundo, y muy especialmente en los Estados Unidos, da en estos momentos al petróleo un carácter dramático. Sobre él se está especulando. Todo el noticiario de estos días tiene ese sentido. Fuera de esas claves, es equívoco, es ambiguo.

Ello no quiere decir que los Estados Unidos no tengan buenos motivos para apaciguar la situación; por el contrario, tienen muchos. Pero siempre que una posible situación de paz con Israel no volviese la angustia, la inquietud y el mal estar de los pueblos árabes contra algunos de sus gobernantes. Ahora desvían la causa del hambre y la miseria hacia Israel... ■ J. A.

(Sobre este tema, véase el trabajo «Petróleo: la gran sed americana», de Lucien George, en página 27.)